

PAUL ENGEL

CERVANTES Y SHAKESPEARE

CONSIDERACIONES EN EL 350 ANIVERSARIO DE SU MUERTE

El mismo día 23 de abril del año 1616 murieron los dos más grandes genios literarios del mundo occidental, del mundo moderno...

Hecho accidental y al mismo tiempo significante: Cervantes y Shakespeare murieron el mismo día, abandonaron el mundo el mismo día, lo que puede ser nada más que un curioso juego de la suerte; de todos modos lo importante es que murieron el mismo día por haber vivido en la misma época, por haber sido contemporáneos, aunque no exactamente coetáneos, puesto que Cervantes era diecisiete años mayor que su colega británico... y activo hasta el último momento, o por lo menos casi hasta el fin de su existencia, mientras que Shakespeare hacía años había abandonado el teatro y la creación poética.

Shakespeare y Cervantes vivían en épocas sumamente importantes para sus propios pueblos; Shakespeare durante el auge del imperio británico, de veras en la época de su origen; como todos los grandes autores de la tragedia surgen en épocas de máximo poder y empuje político de sus pueblos. Pero también Cervantes corresponde a la época de máximo esplendor de España, a la época de mayor poder, luchó muy activamente por este poder, aunque a veces se sostiene que en su tiempo ya empezó la decadencia. Ahora, esta decadencia es correcta en lo que toca a los reyes, que ya no alcanzaron la talla de los reyes católicos o de Carlos V, pero el poder de España estaba en su cumbre y vemos también que en la literatura Cervantes era contemporáneo y hasta cierto punto émulo de Lope de Vega, que corresponde al apogeo del drama español.

Un autor literario saca desde luego su obra de sus vivencias personales; estamos acostumbrados a considerar su obra como resultado

de su esfuerzo personal, de su intelecto individual, de una combinación de su cerebro y de sus vivencias. Tratándose de genios máximos, este modo de contemplación no parece suficiente. Los genios son más, son expresiones de su época y de su pueblo, concentración y punto de enfoque de una nación; en el caso especial de Cervantes y de Shakespeare de veras son expresiones máximas de la humanidad.

Muchas veces se considera a Shakespeare y también a Cervantes como expresión del renacimiento, insistiendo desde luego en que esta época corresponde a la liberación del individuo, a una especie de despertar humano. Sería de dudar si se trataba de veras de un renacimiento del espíritu humano o solamente del redescubrimiento de las grandes obras y del espíritu greco-romano, del reconocimiento de lo pagano después de la época de fervor cristiano.

En verdad, tanto Cervantes como Shakespeare no son hijos del renacimiento, sino del barroco. Los críticos e historiadores tienen una cierta tendencia a considerar todo lo que corresponde al renacimiento como magnífico y juzgar al barroco como una especie de disolución, de decadencia del mismo. No tienen razón. Puede ser que haya cierto fundamento en este juicio en cuanto a Italia; en Bernini se disuelve la grandeza clásica de Miguel Ángel; los pintores italianos del barroco carecen de la pureza de Giotto, Rafael, Fra Filippo Lippi. Pero eso no reza para el resto de Europa; los pueblos que recibieron el renacimiento de segunda mano alcanzaron su máximo en el barroco; barrocos son los pintores más grandes, Rembrandt en Holanda, los flamencos Rubens y Van Dyke; barrocos, desde luego, Velásquez, Murillo, Zurbarán, Rivera y El Greco. Y al barroco corresponde lo más grande del teatro europeo, empezando con Tirso de Molina, con Lope y Calderón; con Marlowe, Shakespeare y Ben Jonson, acabando con el barroco suntuoso francés de Corneille, Racine y Molière.

El renacimiento era, junto con el humanismo, una especie de cambio de la institución, del pensamiento, pero cuando salió de Italia cayó en la época del auge de los imperios, de la formación de estados poderosos en España, Francia e Inglaterra y espiritualmente con el enorme antagonismo, pero también con el formidable esfuerzo del espíritu humano que caracterizaba la reforma y la contrarreforma. Es una época de acontecimientos en grande, formación política de estados poderosos, de estados nacionales... y el mismo tiempo decisión individual, despertar de la conciencia personal.

El barroco pierde la forma clara, bien definida, clasicista del renacimiento; es el mismo proceso que transforma la máxima expresión arquitectónica del espíritu cristiano medieval de la catedral romana de simple grandeza en la forma compleja y mística de la gótica... pero ¿quién se atreve a considerar la gótica inferior al estilo romano?

En el exterior del barroco, en algunos productos de su arquitectura y en su escultura, domina el afán de esplendor de sus monarcas, también el de la aristocracia y de la riqueza burguesa que empieza en aquella época. Pero, al lado de esta suntuosidad, encontramos al hombre complicado, al hombre que en Rembrandt y en Shakespeare encuentra el lado oscuro, dudoso, enigmático de su existencia. La suntuosidad, por un lado, la exhuberancia del sentimiento y el placer en ostentarlo, y a la vez el profundizar en sí mismo, el misticismo y la individualización, el problema entre el yo y el mundo, caracteriza también al romanticismo. Creemos que el gótico y el barroco están profundamente conectados con lo que generalmente se denomina romanticismo. Las grandes obras del renacimiento son fuertes, claras, delineadas; el Barroco trae la disolución, pero también la profundización romántica. Este hecho me parece especialmente importante, porque en esta época se origina la novela que característicamente en francés y en alemán se denomina "Roman", que viene de "Romance". Está profundamente conectada con el sentir romántico. Época de tremenda transformación, nuevos imperios pero todavía un feudalismo poderoso (tanto en Inglaterra como en España y en Francia la monarquía fuerte más bien protege al pueblo del poderío feudal, el monarca tiene los mismos intereses que el pueblo en reducir la arbitrariedad de los grandes señores).

En "Fuenteovejuna" de Lope y en "el Alcalde de Zalamea" de Calderón, vemos al rey como protector del pueblo contra la nobleza.

Pero vemos también el auge de hombres completamente nuevos. Los banqueros, sean Medici o Fugger, empiezan a desempeñar un papel en el mundo, y hombres llegan desde abajo y se imponen. Los conquistadores no eran aristócratas; un porquero analfabeto conquista el imperio más grande de un continente, un imperio que iguala en extensión al imperio romano... y llega a ser marqués español. En Inglaterra, la reina otorga títulos de nobleza a piratas que son sus socios comerciales. Es un empuje y un cambio social singular; en el fondo, una tremenda revolución. En los pueblos que más participaron en este auge aparecieron también los genios que lograron darle su expresión artística.

En los países poderosos y progresistas (hasta la contrarreforma y la inquisición no inhibían cierto progreso de España; de todos modos la gente amplió su horizonte y, más que todos, el genio supremo que era Cervantes), surgió lo que siempre se da solamente en las épocas de fuerza y vigor, en las épocas valientes que se atreven a mirar la cara de la muerte, a aceptar el destino inmisericorde de los seres humanos: La Gran Tragedia. Al igual que en Atenas, en la corta época de su poderío político, al lado de la tragedia surge la comedia;

solamente que Lope y Calderón, al igual que Shakespeare, reunieron las dotes de Sófocles con las de Aristóteles, dominaron la tragedia y la comedia. (Aunque Calderón es esencialmente trágico y Lope quizás brilla más en sus comedias). En Francia vemos, un poco más tarde, que el genio de la comedia se independiza, se establece una diferencia de clases entre los personajes de la tragedia (héroes, reyes) y de la comedia (esencialmente burgueses), aunque también esta diferencia puede observarse ya en la tragedia y en la comedia áticas.

Ya hemos dicho que un genio aparece como máxima expresión de su pueblo y de su tiempo; tanto Cervantes como Shakespeare no solamente aparecieron en una época de movimiento histórico, social, cultural, sino también en un tiempo rico en genios artísticos; no surgieron aislados. Parecidos, también en eso, a los grandes trágicos griegos, que eran contemporáneos con sólo una diferencia de edad. Pero mientras que Shakespeare se encuentra dentro de una pléyade de autores dramáticos, poetas y actores, Cervantes es en cierto sentido creador de una nueva forma de literatura, es el padre de la novela en nuestro sentido moderno. Ni Shakespeare ni Cervantes tenían el afán de crear formas nuevas; los genios más grandes en la literatura no son los que crean formas nuevas, sino aquellos que alcanzan el máximo de perfección, que llenan la forma con el mejor contenido. Shakespeare creó sus mejores obras cuando ya se había librado del prurito de la grandilocuencia, de la búsqueda de palabras preciosas y de las exageraciones. Entonces, casi sin notarlo, creó algo completamente único en toda la literatura mundial: El "Romance" Shakespeariano, lo que suele llamarse las comedias grandes, las comedias tardías, serias. El mismo las intituló, muy acertadamente, "Romances", como acabamos de decir. Con eso indica que se trata de obras de un fondo romántico, fantástico... carecen de la base "histórica" de las tragedias, también distan mucho de la farsa con fondo realista, a veces grosera, que caracteriza las comedias tempranas, por ejemplo "La Fierecilla Domada" (*The Taming of the Shrew*). Estos Romances escapan de la realidad, pero al igual que toda obra Shakespeariana están llenos de hombres y mujeres verdaderos, de personajes reales en situaciones a veces fantásticas o irreales. Estas piezas nos muestran precisamente la conexión entre barroco y romanticismo, fantasía individual, personal, al mismo tiempo profundidad; a veces en estas escenas Shakespeare dice lo más profundo y lo más personal. Estos romances vuelven a temas parecidos (Shakespeare no era nunca inventor de fábulas, contó a su manera lo que había encontrado en obras ajenas), temas típicamente "románticos", niños perdidos, doncellas vestidas de varones, magos... "Cuento de Invierno", "Sueño de una Noche de Verano", "Medida por medida", "Como les gusta", "La Tempestad". Nó-

tese que en estos cuentos raros, en estas variaciones artísticas, a veces juguetonas y a la vez profundas, Shakespeare es especialmente barroco, anticipa la gran música del barroco, la de Vivaldi, de Bach y de Händel y, lo que nos interesa aquí, recuerda cierta temática cervantina. Algunas de las "novelas ejemplares" como "La Gitanilla" y "La Española Inglesa", tienen una temática parecida, lo mismo que los numerosos cuentos intercalados en el "Quijote". Preferimos Cervantes en sus obras más realistas, como "La Tía Fingida", "La Ilustre Fregona" o más fantástico-realistas, como "El Licenciado Vidriera" o "El casamiento engañoso y Coloquio de perros", sus obras quizás más geniales al lado del "Quijote". Pero precisamente los cuentos románticos eran muy de su tiempo e influían grandemente sobre poetas y escritores de otras naciones. Recuérdese episodios de "Joseph Andrews" y "Tom Jones" de Fielding, el más grande de los novelistas ingleses, quien siempre reconocía a Cervantes como su maestro supremo, y también las "novelas" contas, intercaladas en el "Wilhelm Meister" de Goethe, típicamente "románticas" (aunque oficialmente el "clásico" Goethe, aborrecía a los "románticos" alemanes).

Mencionamos estas características románticas porque demuestran un parecido entre los dos grandes e incomparables autores; fondo común de la época del barroco, a veces no apreciado en su justo valor por la crítica.

Ya dijimos que Cervantes y Shakespeare no pertenecían a los autores que buscaban originalidad a toda costa, no se sentían como innovadores, aunque desde luego lo eran, como es el caso en todos los creadores que merecen el título de genio. Shakespeare no trató de crear un drama nuevo, sino simplemente de escribir tragedias buenas y divertidas comedias para atraer al público y llenar sus cajas del "Globe Theatre". Mientras buscaba la "originalidad" en fábulas groseras, exageradas y en expresiones preciosas, grandilocuentes, no alcanzó la verdadera grandeza; cuando se encuentra a sí mismo, se expresa de modo más simple, más modesto y hasta ridiculiza (en la escena de Hamlet con los actores) su propio estilo anterior. Vemos en la obra de Shakespeare una depuración y un perfeccionamiento ascendente, también un cambio en el contenido humano, pero no creación de algo completamente nuevo. Shakespeare es la cumbre del teatro isabelino, sigue a Greene y Fletcher y Marlowe, es contemporáneo de Ben Johnson, y aparentemente no tiene seguidores, porque después de la revolución puritana de Cromwell se acaba el teatro. Los virtuosos burgueses cerraron el teatro "frívolo" de los aristócratas y de los reyes. El teatro era dependiente de los grandes señores de la época (el de Shakespeare tenía al Conde de Southampton e indirectamente al conde de Essex, como productores y admitió al pueblo como gente de se-

gunda categoría; Shakespeare habla con desprecio de los de "abajo en la platea", pues los aristócratas se encontraban en los palcos. La tendencia conciente de Shakespeare es siempre en favor de los grandes, de los hombres excepcionales, los héroes trágicos, hasta antipopulares (como Coriolano), aunque de repente nos pinta la miseria, acusa las injusticias. Lo hace por ser un gran poeta, expresión de su pueblo, acaso en contra de su voluntad de congraciarse con los poderosos. Lo mismo, Shakespeare es perfecta expresión del imperio naciente, su ideal de un rey es el conquistador espléndido Enrique V, y todos los enemigos de Inglaterra son despreciables y malos (Como Juana de Arco en la primera parte de "Enrique VI", una de las obras tempranas, todavía poco acertadas, del futuro poeta máximo). Hacia el fin, Shakespeare muestra una tendencia al entendimiento de todo lo humano, al perdón, también a la renuncia a toda acción; estoicismo, abstención... y siempre es pesimista. Es justo con sus personajes, por conocer a los seres humanos tan profundamente, pero no los perdona. Queda desde el inicio hasta el fin profundamente pesimista, aunque este pesimismo está iluminado por la belleza poética y por las luces del humor.

A diferencia de Shakespeare, Cervantes ha creado una forma literaria, nueva, es el padre de la novela moderna. Sabemos muy poco de la vida personal de Shakespeare, sabemos bastante de la de Cervantes, quizás porque los novelistas tienen siempre una tendencia hacia la autobiografía; porque ni el dramaturgo, condeño de un teatro y actor de segunda categoría que era Shakespeare, ni el soldado y escribano, eran llamativos para sus contemporáneos. La obra de Cervantes está muy íntimamente conectada con sus vivencias personales y se distingue además por una calidad muy especial, su profundo amor a los hombres, su profundo cariño hasta en lo ridículo.

Shakespeare es casi exclusivamente creador de obras teatrales. Fuera de la obra dramática nos dejó obras épicas de menor importancia, hoy solamente conocidas por ser también obras de Shakespeare, y los sonetos son su única obra lírica. Estos, desde luego, pertenecen a las obras más excelsas de la poesía universal. En verdad, Shakespeare, conocedor incomparable de seres humanos, es poeta por excelencia. Siempre convence su fuerza poética, su dominio de la palabra, sus expresiones profundas, riquísimas en color, en sabor.

Cervantes era mucho más polifacético. En la vida, activo y aventurero; una vez, héroe de la batalla de Lepanto; otra vez, durante años, esclavo de los moros en Argel. Es muy dudoso que Shakespeare haya salido de las islas británicas, mientras que Cervantes conocía buena parte del mundo antiguo, España, Portugal, Italia, el Norte de Africa; había sido hombre luchador muy activo antes de dedicarse a

la contemplación del mundo. Al igual que Shakespeare, su educación no era muy superior; aunque, probablemente, el hijo del cirujano era un tanto más erudito que el del carnicero. La profunda sabiduría de Cervantes era consecuencia de sus andanzas; de su roce con los hombres, sus vivencias. Sin duda había corrido mundo con los ojos abiertos.

A diferencia de Shakespeare, practicó todas las formas de literatura. Supongo que nadie considera a Cervantes como un poeta lírico muy grande. Sus obras dramáticas son de valor desigual. Cervantes mismo sufrió por el éxito muy escaso que obtuvieron y quizás culpó un tanto a su émulo más afortunado (pero también más dotado como dramaturgo), Lope de Vega, del fracaso relativo de sus esfuerzos dramáticos. Desde luego, podría ser un autor dramático de altos quilates, sin alcanzar el genio del incomparable Lope.

Hasta cierto punto, es este el caso. Algunas de las obras dramáticas son de gran valor, "EL CERCO DE NUMANCIA", "EL GALLARDO ESPAÑOL", "LOS BAÑOS DE ARGEL"... pero dudo mucho de que las consideraríamos de importancia literaria si no fuesen obras del autor del "Quijote"; simplemente serían olvidadas, aunque algunas de ellas son de un profundo sentido humano. Probablemente lo mejor y lo más cervantino de su obra dramática, son los entremeses, piezas bien logradas, de buen humor, de fuerte y profunda ironía. Su gracia convence todavía hoy, si se los lleva a las tablas.

El valor eterno de Cervantes es, desde luego, el de su obra de novelista; su importancia en la literatura mundial deriva exclusivamente de su gran novela. Porque mientras Shakespeare es un autor de muchas obras y de veras nadie puede decir si "OTELLO" o "HAMLET" o "EL REY LEAR" o "MACBETH" o, quizás, las tragedias romanas son lo más grande, o si sus "romances" son superiores... Cervantes es para el mundo el autor de un libro incomparable, de LA GRAN NOVELA, la primera novela verdadera y que para el pueblo español es, con mucha razón, su máximo valor nacional —el escritor que no solamente le dio la mejor novela trágico-cómica, quizás la mejor novela de todas las épocas, sino también su retrato—, su obra nacional, nacionalísima, como ninguna otra nación la posee. Cervantes logró lo increíble: que un pueblo muy orgulloso se reconozca gustosamente en un personaje cómico, visto con ironía. ¿A qué se debe este fenómeno único? Indudablemente al genio de Cervantes, genio también único. Pero, a diferencia de Shakespeare, el genio de Cervantes no aparece en un gran número de obras magistrales. En verdad, lo que consideraríamos grandes obras, si no se tratara del autor del "Quijote", son algunas de las "novelas ejemplares" y algunos de los entremeses. El resto vale, porque nos interesa la personalidad, el desarrollo y en cierto sentido cada palabra que haya escrito este escri-

tor máximo, el más preclaro estilista del idioma castellano; pero, precisamente diciéndolo esto, le quitamos algo, el valor universal, internacional del "Quijote".

Cervantes, a diferencia de Shakespeare, era un literato. Mientras que Shakespeare, excepto los poemas, no publicó nada de sus obras —las debemos solamente a ediciones piratas y a la edición realizada por sus amigos después de su muerte—, Cervantes estaba preocupado por la edición y por el éxito literario de su obra. Shakespeare tenía más bien un interés comercial en que no se publiquen sus obras dramáticas, para que queden de exclusiva propiedad del Teatro "Globe" (no existía la propiedad intelectual... el mismo Shakespeare plagió cualquier cosa que le gustaba). Cervantes trató de lograr el éxito literario, tenía el prurito literario... y usaba hasta medios no del todo lícitos, por ejemplo publicando bajo pseudónimo ataques contra su "Don Quijote", para despertar la curiosidad del público y aumentar el éxito de librería.

La obra de Shakespeare es íntegramente la de un poeta espontáneo; pero más que todo la de un actor, que vivía todos los papeles, que desempeñaba en su intimidad todos los papeles, que vivía todos los personajes.

"Don Quijote" era una obra irónica, una parodia de las novelas "románticas"; es decir, obra literaria en su origen.

Mientras Shakespeare es el más grande poeta en idioma inglés, no creo que alguien consideraría a Cervantes como poeta máximo en castellano. Sus versos carecen de la belleza, la espontaneidad, el vigor de los de Shakespeare, y no alcanzan, por ejemplo, la belleza lírica que encontramos en "La Vida es Sueño" de Calderón. Pero Cervantes es un maestro incomparable en prosa, el escriptor más cuidadoso y más perfecto que haya escrito prosa épica en cualquier idioma. Ya en un ensayo anterior comparé la prosa de Cervantes con la de Shakespeare. Shakespeare, el actor, imita la manera de hablar de la gente, tiene un magnífico oído para captar la expresión, sea de los nobles, sea del pueblo. No conoce ningún freno, hace hablar a sus personajes, como de veras hablan, con cierto naturalismo, logrando muchas veces efectos cómicos por el uso de dialectos locales, por la pronunciación falsa de extranjeros, por la pedantería de algunos "cultos". Pero es también el maestro en el uso verdaderamente poético de la prosa, encontrando las expresiones más profundas, las palabras más atrevidas y acertadas, profundizando en el sentido de las palabras, anticipándose a James Joyce...

Cervantes, en su prosa, busca la perfección; la formación de la frase es una obra de arte. Es decididamente un escritor "culto", debe haber completado su educación en el conocimiento de la construc-

ción de la frase clásica, debe haber aprendido de los maestros del estilo latino. Es muy interesante que el estilo en prosa de Goethe, estilo formado por el estudio de los clásicos griegos y latinos, estilo en prosa muy latino para un alemán, muestre un curioso parecido con el estilo de Cervantes, hecho ya apuntado por el poeta Heinrich Heine en un ensayo magistral (y muy poco conocido) sobre Cervantes. También se anota la influencia del estilo cervantino, probablemente por intermedio de Goethe, en el estilo de Thomas Mann (otro autor alemán que dedicó un ensayo formidable, intitulado "A Bordo con Don Quijote", al más grande de los novelistas). Cervantes busca siempre la expresión más acertada, más bella, escribe prosa como otros escriben versos, cuida de la elegancia, de la expresividad, de la belleza. En eso era quizás Flaubert el que más le siguió. Pero lo que expresa es, por lo menos en sus mejores obras, perfectamente natural e insuperable. Es decir, la estilización se refiere al idioma, a la frase, pero el contenido es genuino e ingenuo, muchas veces de un naturalismo crudo.

Si Sancho habla en un castellano perfecto, sin rasgo de dialecto, piensa siempre como el hombre del pueblo que es y como campesino. Quizás nadie más haya alcanzado esta combinación de presentación completamente natural, realista, con un estilo depurado, escogido, como Cervantes.

Sabemos, por las propias notas de Cervantes, como él cuidó su estilo y que estaba de veras orgullosa del mismo, que escribió trabajosamente e intencionalmente. Pero sería muy equivoco suponer que la grandeza de Cervantes se debe a su estilo soberano; curiosamente, el mismo escritor cometió este error considerando "Los Trabajos de Persiles y Sigismunda" su obra más grande por la perfección estilística. Hoy se lee esta novela por ser obra de Cervantes, la aprecian algunos especialistas en literatura por su bello estilo... pero nadie la comparará con "Don Quijote" y fuera del idioma castellano es completamente desconocida.

Mientras varios autores españoles insisten en el valor de muchas obras cervantinas (con razón), los extranjeros consideran a Cervantes como el prototipo de autor de UN LIBRO; desde luego el "Quijote" es tan extraordinario, único e incomparable que nada lo alcanza, aunque fuera otra obra del mismo Cervantes, y sin duda era lo esencial en la existencia de Cervantes escribir la crónica del Caballero de la Triste Figura.

Cervantes era, desde luego, un narrador soberano de cuentos, un dramaturgo bastante bueno... pero la gloria le llegó con una obra de edad avanzada, escrita ya en el sexto decenio de su vida, y desde luego una obra muy literaria, es decir una que intentó crítica literaria. Mientras que las "Novelas ejemplares" pueden parecer precursores,

ejercicios (la semejanza entre el "Licenciado Vidriera" y "Don Quijote") del libro máximo y los "Entremeses" muestran decididamente la misma clase de humor crítico, despierto, agudo, en el fondo bondadoso, que admiramos en el "Quijote"; las dos otras novelas de Cervantes parecen casi de otro autor, decontando quizás el arte estilístico. Este hecho muestra precisamente una verdad que muchos críticos pedantes, muchos que quieren aparecer refinados —los "snobs" literarios y artísticos—, siempre niegan. El valor de una obra no depende de su forma, de su estilo, sino de su contenido. La gran obra, la obra de verdadero genio y maestría, resulta cuando la forma perfecta se adapta y expresa precisamente el contenido, como es el caso en las mejores tragedias de Esquilo, de Sófocles, de Shakespeare, en la "Odisea" y en "Don Quijote". Podemos aceptar como grandes, obras con gran contenido humano y fuerza de temperamento y conocimiento que nos dicen muchísimo y que carecen de perfección formal, como ocurre con todas las obras de Balzac, con las obras de Marlowe, con algunas tal vez hasta de Lope (por haber sido genio exageradamente fértil, la perfección era imposible); pero la forma perfecta, acabada, sin contenido, nos deja fríos como "Persiles y Sigismunda".

¿De dónde viene el genio del Quijote?

Dije que este libro es la primera novela moderna; pero, desde luego, no podemos sostener que no tenía precursores, que su autor no había aprendido de ciertos maestros. Por un lado "El ingenioso Hidalgo" es una novela de caballería; nadie puede dudar que el autor había gozado leyendo estas historias, admirando los héroes, hasta que se desilusionó. Desde luego Cervantes, caballero, o más bien pobre diablo errante y peregrino, se habrá identificado, en los tiempos heroicos de su mocedad, con los héroes, los valientes, los que lucen por sus hazañas. Pero al llegar a una edad avanzada, Cervantes se quedó desilusionado, descubrió lo falso e ilusorio de aquel heroísmo romántico, aunque seguía gustándole. Por eso encontramos siempre la más profunda simpatía por el héroe con su autoengaño, decididamente una especie de identificación del autor con su personaje. No se debe exagerar esta identidad. "Don Quijote" no es una novela autobiográfica; el autorretrato de Cervantes se encuentra como viñeta en una de las novelas cortas intercaladas, en el soldado Scavedra a quien hasta le dio su propio segundo apellido. Las más grandes novelas se fundan, como toda obra de arte, en las vivencias del autor, pero no son por lo general autobiografiadas. Muy probablemente Cervantes concibió su obra principal como parodia de las novelas heroicas y románticas, los diferentes prefacios lo indican claramente. Pero él llenó esta obra con algo mucho más profundo, con vida, no con mera literatura. Una de las características únicas de "Don Quijote" es su realismo, al lado de

lo fantástico. Lo fantástico se encuentra siempre dentro del alma del héroe, mientras que el mundo en el que se mueve es perfectamente real, tan real, que el autor se siente obligado a insistir muchas veces en la "locura" del Caballero. Las obras teatrales y las primeras "novelas ejemplares" y todavía más "La Galatea", nos enseñan que Cervantes había comportado perfectamente el romanticismo de su época, que consideraba a éste como noble y como literario. Así, burlándose de él se burlaba dolorosamente hasta de sí mismo y de su obra. ¿Cómo se explica que el autor de la "Galatea", novela tan aburrida que nos cuesta gran fuerza de voluntad leerla, haya escrito una obra tan vital, tan divertida y real como el "Quijote"? Comparemos su obra con la de otro poeta y pensador burlón, con uno de los máximos maestros de la ironía y luchador por la justicia y la claridad del pensamiento, con Voltaire. En sus novelas filosóficas, Voltaire no alcanza nunca la fuerza poética ni el realismo de Cervantes, aunque desde luego "Candide" es una de las obras maestras de la literatura universal. Y en su obra dramática Voltaire no se libró nunca de un clasicismo de segunda mano, que poéticamente no nos convence.

Creo que una de las grandes ventajas de Cervantes era, precisamente, la de ser español. En los países protestantes hay un concepto un tanto equívoco de lo español. España les parece muchas veces como un país de fuerzas oscuras; como portador del estandarte del feudalismo, frente a la libertad de espíritu; como fuerza aristocrática y antipopular. Puede ser que esto haya sido hasta cierto punto verdad en el sentido político, pero el arte español era siempre profundamente popular y la mayor característica de él me parece su realismo. Desde el punto de vista literario, Cervantes se libró, en el "Quijote", de la literatura cortesana, en el fondo falsa, de los pastores y de los caballeros ficticios y heroicos (como Shakespeare se libró del estilo grandilocuente y exagerado de su juventud) y descubrió la vida del pueblo. Era, esto, muy español. Cervantes se acerca siempre más a esta novela típicamente, casi exclusivamente, española que es la novela picaresca. Mucho más tarde encontramos este rasgo en otras literaturas como en el "Simplizius Simplizissimus" de Grimmelshausen o en forma más sublime y fina en las obras de Fielding. Sin duda también Rojas, con su "Celestina", influyó poderosamente en Cervantes. Hasta situaciones y personajes de "La Celestina" entraron en la obra cervantina (especialmente a la "Tía fingida", de cuyo origen cervantino no dudo). Probablemente hay también una lejana influencia de Rabelais. Desde luego, Rabelais ese gran novelista de la Europa occidental anterior a Cervantes y además el incomparable creador de una novela (respectivamente de dos novelas) cómica. Pero en Rabelais hay el goce de la vida que no encontramos en Cervantes, hay fuerza, hay

el individualismo del renacimiento; es popular, pero no entra al pueblo como la obra del español. En Cervantes vemos ya el ser doble, complicado, del hombre; lo cómico como aspecto de lo serio, no como gozoso de por sí.

Las obras del médico y cura francés son exuberantes fantasías de un materialista, la obra cervantina es espiritual pero perfectamente realista.

Ahora, este realismo es un rasgo típico español. El pintor de la corte, Velázquez, no nos ahorra la degeneración y la anemia de la casa reinante y de los cortesanos, y su bellísima Venus tiene los pies polvorientos, porque anda sobre esta tierra. Hasta los cuadros de santos son siempre realistas y el creador del arte moderno, el más fantástico de todos los pintores y español por excelencia, Goya, era al mismo tiempo el más tremendo de los realistas. El único verdaderamente idealista, irreal y místico, entre los pintores españoles, no era español, era extranjero, como ya lo indica el nombre bajo el que cobró fama universal, El Greco.

En las grandes obras de Cervantes ("El Quijote" y algunas de las "Novelas ejemplares") encontramos este magnífico sabor a tierra y la realidad del pueblo, que vemos en las grandes pinturas españolas. Nótese que la única obra verdaderamente universal e internacional de Cervantes es, sin duda, su obra españolísima, "La Galatea" no tiene nada de español y, desde luego, "Persiles y Sigismunda" menos que nada. Pero en el Quijote vive el pueblo, en cualquier momento, en cualquier personaje: en el héroe y en su escudero, en el bachiller Carrasco como en Dulcinea, en el moro perseguido como en Maritornes y Dorotea, en el cura y en el barbero. Con el pueblo se impone la tierra, sin descripciones exageradas.

Cuando por primera vez pisé tierra de Castilla, busqué a Don Quijote y Sancho Panza; tan genuinos son, tan arraigados en este paisaje.

Encontramos, de veras, la misma tremenda realidad del pueblo, la misma tierra, en las novelas picarescas; encontramos también este humor popular; pero hay algo que eleva Cervantes. El gran literato, el maestro de la ironía, Quevedo, no alcanza nunca la profundidad del Quijote en su "Vida del Buscón". Desde luego que al autor quizás más versado, sin duda más erudito, le falta el símbolo que es Don Quijote y que es Sancho Panza; este valor trascendental y eterno, este valor universal que (otra vez el rasgo esencialmente español) queda siempre real y genuino. (Cuánto más reales, cuanto más seres humanos, son Don Quijote y Sancho Panza que Fausto y Mefistófeles). A Quevedo le falta otra cosa que es única y personal, que es característica de Cervantes: el amor al pueblo.

Desde luego, no es el amor el que escribe las grandes obras del arte. El artista capta y conoce y forma, pero no obra por misericordia ni por amor. Shakespeare carece de la bondad, carece decididamente del amor al pueblo, pero sabe mostrarlo, hacerlo vivir. Un poeta alemán (Gottfried Benn) escribió la frase un tanto cínica pero bastante acertada: "Lo contrario del arte no es la naturaleza, lo contrario del arte es la buena intención".

El amor de Cervantes no tiene nada de sentimentalismo, por el contrario, todo el "Quijote" ridiculiza el sentimentalismo, pero desde luego no el sentimiento profundo y genuino. El "pueblo", para Cervantes, no es el Lazarillo, el pícaro; Cervantes encuentra no solamente la astucia sino la profunda sabiduría del pueblo, desde luego cordura ingenua. Nos la muestra en Sancho Panza.

Desde Esquilo y Sófocles, ningún autor logró crear símbolos inmortales tan generales como Cervantes, lo que es el signo del genio. Personas en países de otro idioma que el español, que nunca han leído "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha" y que ignoran el nombre de Miguel de Cervantes y Saavedra, llaman a cierto personaje "un Don Quijote"; conocen a Sancho Panza, a Dulcinea y hasta a Rocinante, luchan contra molinos de viento, se enamoran de una Maritornes. Los personajes muy reales en absoluto, nunca alegóricos, de Cervantes, se volvieron símbolos, entraron en el pensamiento y en el lenguaje de la humanidad.

Ya hemos dicho que estos personajes son, al mismo tiempo, personas reales. En cualquier lugar reconoceríamos a Don Quijote o a Sancho Panza.

Con razón, el pueblo español se reconoce orgullosamente en este autorretrato. No hay duda, Cervantes cuenta una historia magnífica, terrenal, genuina y al mismo tiempo válida para todos los tiempos y para todos los pueblos, precisamente, porque nos muestra su época y su propio pueblo. Como en toda obra verdaderamente grande, resulta que quien dice la verdad suya, la verdad de su pueblo y de su época, dice al mismo tiempo la verdad de todos los seres humanos.

Curiosamente, Cervantes abandonó en su última obra el realismo español, el humor cervantino; nos dio, en "Persiles y Sigismunda", una novela casi de caballería errante. Desde luego que del estilo soberano, también reconocemos su genio, pero precisamente en donde encontramos algo del "Quijote", es en los tipos populares, en la gente sencilla.

Cervantes y Shakespeare, los contemporáneos, son máximas expresiones de sus naciones, y cumbres de la literatura universal. Pero completamente diferentes en su arte. Shakespeare, es el genio máximo de la tragedia y la comedia, el autor dramático más grande desde los

trágicos griegos, perfección y fin del teatro isabelino. Cervantes es el creador de la novela moderna. Tanto como poeta cuanto como autor dramático, no alcanza a Shakespeare; pero es creador de algo nuevo. Por primera vez entra la novela como obra de arte especial. Lo anterior era épica en prosa.

Cervantes descubre el valor fundamental de la ironía, el aspecto siempre doble y en cierto sentido ambiguo. La novela es un arte más filosófico que el teatro, no da solamente el destino inevitable sino que discute, sigue en auge, es actualmente el arte literario más genuino de nuestro tiempo. Dijimos que Cervantes es su padre. Lo es precisamente por su ironía contemplativa.

La novela inglesa empieza de veras con Fielding, quien escribió su "Joseph Andrews" para burlarse de la "Pamela" de Richardson; Pamela es la criada virtuosa, perseguida por el señor aristocrático. Fielding nos muestra a su hermano Joseph, no menos virtuoso, perseguido por la señora de la casa. Ya en su introducción y en el mismo título Fielding se refiere a Cervantes como su maestro. Y la ironía de Fielding sigue viviendo en las obras de **Thackeray**, de Dickens y hasta, por ejemplo, de Aldous Huxley. La novela rusa empieza de veras con Gogol, un incomparable maestro de la ironía, e ironía encontramos hasta en las obras más trágicas de Dostoyewsky. La ironía francesa no necesitaba a Cervantes, pero *Cándido* es también algo así como un Caballero de la triste figura... aunque de menor estatura. En la literatura alemana vemos la influencia de Cervantes sobre las novelas de Goethe (especialmente el "Wilhelm Meister", donde la influencia formal, es decir los cuentos intercalados, no es demasiado feliz) y la misma influencia formal encontramos en los dománticos alemanes. Pero carecen de su humor y especialmente de su realismo. Sería digna de estudio la relación entre los héroes de Kafka y Don Quijote. También ellos son caballeros (o, de acuerdo con la época, más bien pequeños burgueses) que luchan contra molinos de viento, y su constante falta de entendimiento de la realidad, su lucha fantástica y al mismo tiempo irónica, muy amargamente irónica, tiene algo cervantino. Kafka comparte también con Cervantes el verdadero fanatismo por un estilo lúcido, claro, realista y al mismo tiempo puro; escribió la prosa alemana más perfecta. Otro rasgo común entre Cervantes y Kafka es la descripción realista, hasta minuciosa, del ambiente.

Es muy característico que tanto Shakespeare como Cervantes entraron a la literatura alemana en la época que llamamos "clásica", pero lograron su más grande influencia en el romanticismo alemán, lo cual prueba la afinidad profunda que existe entre el barroco y el romanticismo.

Shakespeare y Cervantes ejercen hasta hoy una tremenda influencia.

Sería ridículo comparar valores. Pero sí debemos echar un vistazo a la diferencia en el cuadro filosófico del mundo y en la manera de contemplar a los seres humanos. En otro ensayo hemos dicho que Shakespeare desempeña siempre el papel de cada uno de sus héroes, que entran en su alma, los vive. Por eso los entiende. Entra lo mismo en el alma de la bondadosa y abnegada Cordelia que en el de Ricardo York, de Yago, de Lady Macbeth, los malvados más negros. Cada uno tiene siempre razón desde su punto de vista.

Con una fuerza única e incomparable, Shakespeare entiende a sus personajes, aunque sean de otra región, de otra raza; aunque no dibuja al natural. Desempeña papeles. Son hombres creados por él. Son también y siempre formidables papeles, creados para la escena.

En "el Mercader de Venecia" Shakespeare muestra en el judío Shylock, intencionalmente, un retrato desfavorable por causas históricas; no conocía personalmente a judíos (no los hubo en Inglaterra en su época), pero de repente entra en el alma de Shylock, vive su papel y desde su punto de vista (el de Shylock, no desde el del espectador) el judío tiene razón hasta pidiendo una libra de carne de su enemigo, y se entiende toda la tragedia del judío menospreciado, odiado. Pero los malos quedan malos y Shakespeare no perdona ni a los buenos ni a los malos. No se apiada de sus criaturas, las muestra, las entiende. Como todos los grandes poetas trágicos, Shakespeare es profundamente pesimista; conoce el destino trágico del hombre, no hay esperanza. El máximo que se alcanza, la última y más humana filosofía a la cual llega en sus últimos romances ("La Tempestad"), es resignación, pasividad, aceptación del destino.

Cervantes conoce a sus personajes no menos profundamente, pero los observa. Los (no muy numerosos) judíos en su obra, son retratos vivos; el dueño de fonda en Roma (en "Persiles y Sigismunda"), es simplemente genuino, lo mismo los judíos en sus dramas norteafricanos. Cervantes, sin duda, conoció a estos judíos en Italia y en Argel. Otelo es, desde luego, el celoso más acabado de toda la literatura mundial, es un personaje magnífico, pero como moro es también un personaje exótico para Shakespeare. Cervantes, que conocía personalmente a los moros y que había sido durante años esclavo de ellos (lo que probablemente no debería aumentar el amor), los muestra siempre como seres humanos iguales a todos los otros. Para Cervantes, verdaderamente, entender es perdonar. Shylock, en la obra shakespeariana, pierde su proceso y el espectador se siente aliviado. Pero Cervantes nos muestra, en "Persiles y Sigismunda", una judía que trata de envenenar a su heroína... y la perdona porque no obró por mal-

dad sino por miedo; conocía profundamente la situación real de los judíos de su época. Y qué raro, qué fenómeno único, que el hombre que durante tantos años había sufrido como prisionero de los moros, hace del moro expulsado y perseguido el personaje más conmovedor del "Quijote", además de que se gusta en el juego de poner su obra maestra en pluma (pues siendo escrita no puede decirse en boca) de un moro...

Existe, en Cervantes, una profunda convicción de la igualdad de los seres humanos. Había sido soldado, había luchado por la Cristiandad y por España, pero ve a todos los seres humanos con simpatía. Para Shakespeare todo enemigo de Inglaterra es abominable. Cervantes nos muestra hasta a la reina Isabel, archienemiga de España (y además victoriosa, lo que suele aumentar el rencor), en la "Inglesa Española", humana, y lo mismo al Conde de Essex (y eso en oportunidad del ataque a Cádiz, que era verdaderamente un acto de piratería).

El católico creyente y piadoso, que deseaba ser enterrado en el hábito franciscano, es muy amplio y liberal en su juicio sobre creyentes de otra religión. Así, en "Los Baños de Argel", nos da la conmovedora historia de un niño cristiano que sufre la muerte antes que convertirse al Islam; pero, en la misma pieza un sacristán quiere convertir a un niño judío por fuerza al catolicismo y fracasa; es decir que ya en ésta, su más temprana comedia, Cervantes era decididamente enemigo de toda conversión forzosa. En "El Retablo de las Maravillas", el más genial de sus entremeses, ridiculiza la "sangre cristiana vieja", lo mismo que en el "Quijote" atremete humanamente, aunque no en rebelli3n política (que desde luego habría sido imposible en un libro impreso con licencia y privilegio real), contra la expulsión y persecuci3n de los moros. A veces Cervantes es tan liberal y tan humanitario que parece completamente fuera de tiempo. Pero no solamente no acepta prejuicios nacionales (aunque siempre quedó orgullosamente espa3ol), tampoco acepta una moral inhumana y estrecha. Desde luego, Cervantes vivía en un ambiente de gran libertad sexual, en comunidad libre con Ana Franca; más tarde sufrió por los l3os amorosos de su hija, que no parece haber sido un paradigma de virtudes. En sus obras, el amor todo lo excusa; recordamos las doncellas que pierden su doncellez en las novelas ejemplares y en el Quijote, sin que jamás encontremos reproche serio de parte del autor... y desde luego la simpática heroína de "La Tía fingida", en donde hasta se perdona el pasado de la prostituta con tal de que se encuentre al amor verdadero. Esta obra, considerada a veces apócrifa, nos parece muy típicamente cervantina, tanto por su sabor humano, por la libertad y amplitud del criterio moral, como por su bondad muy característica. A la alcahueta y bruja, no la queman; solamente le dan

azotes, a gran regocijo de los pilluelos callejeros. A diferencia de Shakespeare, que acaba a sus héroes como reses en un matadero, a Cervantes no le gusta nunca matar a uno de sus personajes, hasta a los malos los perdona, y Don Quijote solamente tenía que morir para evitar los plagios y las continuaciones por pluma ajena y sacrilega.

El profundo humanismo influye también en la forma de la obra cervantina. La ironía de Cervantes es siempre bondadosa. El lector se identifica con Don Quijote y con Sancho Panza y le duelen tanto los golpes materiales como los golpes del "destino" que reciben. Y este destino es siempre el mundo humano que los hace caer en el ridículo. La ironía es pasiva, es decir, los héroes se vuelven cómicos en sus situaciones, sufren comicidad, mientras que la ironía de Shakespeare es casi siempre activa. Los bufones o Hamlet, están llenos de ironía, pero de ironía agresiva, atacan irónicamente a sus víctimas. (El bufón, en el "Lear", al viejo rey; Hamlet a Polonio, a Ofelia, a los cortesanos). La ironía es, desde luego, arma soberana de la literatura y especialmente de la novela. En el fondo no es tanto la comicidad que busca, menos todavía la agresión. Es el aspecto doble, el mismo personaje visto desde afuera y desde adentro, una especie de dialéctica. Es, de veras, la dialéctica del autor lo que se expresa en la ironía. Y precisamente esta ironía dialéctica alcanza, su cumbre nunca igualada por otro, en "Don Quijote". Desde afuera, el autor nos dice repetidas veces que su héroe está loco; desde adentro, vemos que está portándose ridículamente; pero siempre compartimos sus fantasías internas, sus errores; involuntariamente vivimos en dos mundos, el mundo interior de Don Quijote, el mundo ideal y bueno y el mundo exterior que el héroe trata de arreglar... siempre con fines buenos y con medios perfectamente inadecuados. En verdad, la ironía altamente espiritual, chispeante, espléndida de Shakespeare, la ironía agresiva, no alcanza la profundidad de la ironía pasiva, bondadosa de Cervantes.

Shakespeare comparte frecuentemente el punto de vista de sus protectores, desprecia al pueblo. El héroe shakespeareano, casi siempre, es un héroe perdido, le cortan la cabeza porque su talla sobrepasa a los demás; los grandes como Antonio, sucumben ante los medianos como Octavio, más tarde Augusto; como Coriolano frente al pueblo; como Lear, que es seguido por los que ya no tendrán tan grandes, pesadas y trágicas vivencias.

Cervantes, por el contrario, mezcla su héroe con el pueblo, y aunque Don Quijote se siente superior a Sancho Panza, lo quiere; gran parte de la profunda, aunque a veces grotesca sabiduría, la derrama sobre el escudero. Y, por otra parte, el escudero mismo es cuerdo, tiene el sentido sano del hombre del pueblo, admira a su amo, le es fiel, pero no fiel como perro sin criterio. El hombre del suelo, el realista,

necesita ideas, y recibe sus ideas por Don Quijote. En verdad, Sancho no es menos idealista que su amo. Solamente que no vive en sus propias ideas, porque no las tiene, sino en las del hidalgo. Aquí, Cervantes desarrolla otra vez su ironía muy especial e incomparable. Sancho gobierna muy realmente su isla y la gobierna además muy sabiamente (por ejemplo su juicio en el caso de la muchacha violada), solamente que la isla no es isla y en el fondo no existe.

La escena más genial del Quijote es la de la liberación de los condenados a galeras, donde don Quijote dicta un discurso lleno de verdadera sabiduría y de criterio superior... solamente que los criminales le agradecen su libertad, que realmente recuperan por su intervención, con pedradas.

Pero nuestro sentimiento queda siempre del lado del que sufre; la ironía nos produce dolor, no regocijo; no nos identificamos con el que hiere (como en el caso de Hamlet, donde nos identificamos siempre con el fuerte y agresivo) sino con el débil.

De veras Cervantes era de un criterio que se adelantó a su tiempo, era de una libertad increíble de juicio; pero, al mismo tiempo, se reía de la futilidad de esta libertad.

Así vemos a Shakespeare como actor de muchos papeles, hombre de muchas almas, que nos muestra altos y bajos del ser humano con profunda verdad y maestría de expresión poética... Cervantes, autor de muchas obras pero en lo último creador de un único libro, con este libro fundador y padre y maestro inalcanzado de la novela moderna. Shakespeare, a pesar de toda poesía, pesimista y por lo tanto duro; Cervantes, el soldado y andariego, lleno de bondad y de profundo amor para la gente, para el pueblo. Shakespeare, casi siempre duro con las mujeres (o son monstruos como Lady Macbeth o sufren por los varones como Ofelia y Cordelia), aunque las conoce tan profundamente que nada indica su inclinación que algunos le sospechan y que de veras sería verosímil a base de sus sonetos. Cervantes, por el contrario, nos dibuja siempre mujeres verdaderas, doncellas y prostitutas, campesinas y alcahuetas, princesas y amas de casa... todas genuinas, todas llenas de vida; pero las quiere a todas, las entiende por su cariño, como en su vida amaba a la querida infiel y a la hija que tantos atropellos le ocasionó.

Shakespeare empezó su carrera muy joven y a los 46 años abandonó la ciudad, el teatro y su obra creadora; la obra máxima de Cervantes es la de un hombre avanzado en años, tiene la sabiduría de la vejez. Sin duda, la vida de Cervantes era mucho más agitada y mucho más activa que la de Shakespeare; pero, a pesar de eso, Cervantes conservó un amor a los seres humanos, al pueblo, nos hace sufrir y reír pero no desesperar.

Hemos dicho que Cervantes y Shakespeare son los genios máximos de la literatura occidental. Puede parecer un poco atrevido sostener tal juicio. Ambos eran increíblemente fructíferos, ambos influían sobre todas las otras literaturas nacionales en el mundo... pero, en primer lugar, ambos crearon obras que son valores permanentes del espíritu y de la belleza; no podemos imaginarnos un mundo sin las obras de Shakespeare o sin "El Ingenioso Hidalgo"... sin ellos no reconoceríamos a nuestro mundo espiritual: sería un mundo más pobre y con menos sabor.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL